



## **El papel de los medios de comunicación en el momento de crisis**

Mayo 17 de 1996

Antonio Caballero

Señores militares:

Voy a empezar con una frase de perogrullo: el papel de los medios de comunicación en los momentos de crisis debe ser el mismo que en los momentos que no hay crisis; y ese papel consiste en *informar*. *Informar*, sobre la normalidad o sobre la crisis, de la manera más completa y veraz posible. La opinión viene después. *La opinión es libre, la información es sagrada*, dice uno de esos aforismos del periodismo anglosajón que se citan a menudo y muy rara vez se cumplen, y que resume la regla para los países cuyas instituciones son de inspiración filosófica liberal: los países en que la prensa es libre. En los regímenes totalitarios, de izquierda a derecha, la función de los medios es otra: —es una función de agitación. Propaganda y control, que ha sido minuciosamente definida por Lenin o por Goebbels— o inclusive, si vamos más atrás, por el Concilio de Trento.

En teoría, Colombia pertenece al grupo de países donde la prensa es libre. Sin embargo, si uno mira lo que ha sido en la práctica el comportamiento de los medios de comunicación colombianos en los últimos decenios, se encuentra con que para ellos esto de informar completa y verazmente ha sido casi siempre lo más inhabitual e insólito. Más que informar, la prensa aquí ha solido desinformar, o contrainformar, como si se tratara de un organismo de

propaganda, de inteligencia o de espionaje, como si Colombia fuera un país en guerra, embarcado en varias guerras sucesivas y a veces simultáneas desde hace por lo menos medio siglo. Y la consecuencia de esto es que la verdad ha sido la última de las preocupaciones de los medios de prensa colombianos.

Las razones son varias: unas inocentes y otras no. Entre las inocentes está en primer lugar la convicción que tienen los periodistas, y en especial los dueños de los medios, de que la información libre agrava las crisis. Aunque sincera —y por eso la llamo inocente— esta convicción es producto de un absoluto desprecio por el público: por el lector de periódicos, el oyente de radio, o el televidente, al que considera un menor de edad al que no le conviene enterarse de la verdad de las cosas. De ahí viene la naturalidad con que la prensa colombiana ha aceptado siempre, sin rechistar, esta definición injuriosa para la inteligencia: "*La prensa es libre pero responsable*", como si libertad y responsabilidad fueran nociones excluyentes o hasta contradictorias. De ahí viene también que se toleren, con muy pocas protestas, las limitaciones que, en nombre de la seguridad nacional (*estamos en guerra*), ponen los gobiernos de turno a las informaciones sobre delincuencia común, o sobre orden público, o sobre agitación social huelgas, paros cívicos. De ahí que de los propios medios surjan con frecuencia propuestas de cortapisas y autocensuras: *pactos de caballeros* para no mencionar los casos más graves de violencia, y como uno que suscribieron los propietarios de los grandes periódicos en los tiempos ya remotos de Chispas y Sangrenegra, o pactos de silencio para no airear demasiado ciertos escándalos o incluso para tergiversarlos por completo. Como el que, no hace muchos años, sirvió para presentar como un *atentado subversivo* contra doña Bertha de Ospina Pérez el tiroteo entre narcotraficantes en que la vieja señora se vio envuelta por culpa de sus nietos.

Este tipo de pactos, estas iniciativas de autocensura, que todavía coleean, son remanente de los acuerdos bipartidistas de perdón y olvido contraídos hace cuarenta años para la creación del Frente Nacional. Acuerdos que a su vez, eran una reacción contra la etapa inmediatamente anterior: la etapa en que la prensa, toda ella abiertamente partidista y toda ella participante entusiasta en la guerra civil liberal-conservadora, no informaba, sino que azuzaba, incitaba, echaba leña al fuego de la confrontación. En esos años, sin duda alguna, el comportamiento de la prensa agravó la crisis. Pero no porque estuviera dando información libre y veraz sobre los acontecimientos, sino porque las falseaba deliberadamente de acuerdo con consignas y objetivos políticos, era un prensa política, una prensa de combate, y no de información, en resumen: una prensa de guerra. Y la prensa de guerra agrava la guerra, e incluso es capaz de crear

la guerra de cabo a rabo. Es famosa la anécdota de Randolph Hearts, el pionero de la prensa escandalosa norteamericana, cuando en 1898, envió a Cuba un corresponsal para que cubriera las noticias de la guerra entre España y los Estados Unidos. Le cablegrafió el enviado: "*No mando noticias porque no hay guerra*". Y le respondió Hearts: "*Usted ponga las noticias, que yo pondré la guerra*". Y la puso. Y hasta la ganó.

Otra de las razones de la tergiversación de la verdad que hace la prensa colombiana, también relativamente inocente —o culpable solamente por ser estúpida— es la preocupación por lo que llaman *la imagen*. Preocupación de los dueños de los medios, de los periodistas que los hacen, y hasta del público que los lee, si uno juzga por las cartas que los lectores escriben a los periódicos: lectores envenenados por un amor a la patria, o a la región, o a las instituciones, mal entendido. A causa de esa preocupación estúpida, no se deben publicar cosas que, aunque sean ciertas, puedan contribuir a dañar la imagen del país en el exterior, o, en el interior, puedan contribuir al desprestigio de las instituciones. Hacerlo, hablar, por ejemplo, de la violencia, de la corrupción o del narcotráfico para informar sobre ellos, y no solo para condenarlos enfáticamente, es, o era hasta hace muy poco, un acto subversivo. Hasta hace muy poco digo: casi hasta este proceso 8.000 y la crisis actual. Y hace apenas dos años, cuando el candidato derrotado Andrés Pastrana sacó a la luz los famosos narcocasetes, la primera reacción de los medios, la reacción visceral, automática, fue la de acusar a Pastrana de antipatriota. Porque no estaba bien visto informar sobre el hecho evidente, inocultable, de que el narcotráfico ha corrompido en Colombia toda la vida política. O toda la vida. Todavía ahora, cuando el Presidente Ernesto Samper señala ese hecho y dice que a él le ha tocado cargar con una cruz colectiva, que es la de la penetración de los narcodineros, lo censuran acusándolo de oportunista: como si la explicación del presidente, además de ser oportunista, no fuera la pura verdad.

La negociación de la verdad en el caso ya citado de doña Bertha, la viuda del Ex presidente Ospina Pérez, también viene de ahí: de la preocupación por la imagen. Qué no se vaya a saber, que no se vaya ni siquiera a pensar que hasta las familias ex presidenciales están untadas de droga en este país. Y, en cambio, qué reconfortante resulta creer, o por lo menos decir, que la subversión es tan innoble que no respeta ni siquiera las canas venerables de las viudas de los ex presidentes. El caso de doña Bertha no es el único. Por ese motivo —la imagen, la imagen; qué dirán de la imagen— se les ha echado tierra a diversos asuntos de droga relacionados con familias ex presidenciales: primos de los Pastrana, sobrinos de los Turbay, hermanos de los Betancur. Y por eso,

por la imagen, se armó hace año y medio un inmenso escándalo hipócrita y farisiaco cuando el ex jefe de la DEA en Colombia, Joe Toft, dijo en una entrevista que este país era una narcodemocracia. Poco importa que todos sepamos que eso es así, poco importa que veamos que un tercio del Congreso, el procurador, el contralor, muchos jueces, varios fiscales, unos cuantos altos oficiales de la Policía y de las Fuerzas Militares, cuatro ministros del Gabinete, el propio Presidente de la República, sin hablar de docenas de banqueros, empresarios, deportistas, reinas de belleza, y, por supuesto, periodistas, están manchados con el dinero del narcotráfico, poco importa que lo sepamos de sobra: pero que no se diga, porque a lo mejor alguien se da cuenta. Lo dice el señor Toft, que lo sabe, y la prensa colombiana unánime, que también lo sabe, se indigna y lo niega, y asegura que Toft es un enemigo de Colombia. Puede serlo: pero eso no significa que esté mintiendo. Y es que, como decía antes, La preocupación por la imagen puede ser tal vez inocente: pero no hay duda de que es estúpida. *!La ropa sucia se lava en casa!*, dicen. Pero en la práctica esa ha sido siempre la mejor disculpa para no lavar la ropa.

La tercera de las razones por la que la prensa colombiana ha solido tergiversar y falsear la verdad es en fin, esa sí, una razón culpable. Es la intención deliberada de manipulación y engaño para favorecer intereses patrióticos ya que con ese disfraz empieza el falseamiento culpable de la realidad. Es otra vez, como antes, una prensa de guerra. No es ya la guerra entre conservadores y liberales de hace cincuenta años, sino la que ha venido a sustituir esa desde que se firmó la paz partidista del Frente Nacional: la guerra entre el sistema y la subversión, y en ella, como en todas las guerras, la verdad, es repito, la primera víctima. Porque no se trata de informar equilibradamente, sino de galvanizar a los lectores, a los oyentes, a los telespectadores. En esa guerra la prensa no se adjudica a sí misma el papel de observador imparcial que debiera ser naturalmente el suyo, sino el de caja de resonancia del discurso de uno de los dos bandos en pugna: el del sistema, naturalmente, para la inmensa mayoría de la prensa nacional, y el de la subversión para esa pequeña porción que todavía subsiste en la extrema izquierda. Caja de resonancia completamente acritica, sin ningún tipo de verificación ni contraste de las informaciones o seudoinformaciones que facilitan las fuentes respectivas: la guerrilla en el caso del resto mayoritario de la prensa. Las autoridades, por serlo, se convierten en fuentes de información prácticamente únicas, y en todo caso irrefutables. En los años recientes, y con el crecimiento de la preocupación internacional un nuevo elemento: el ya citado de imagen. Pero con esa salvedad, la actitud de la prensa colombiana frente a las informaciones producidas por las autoridades sigue siendo de aceptación sin discusión. Como en aquella

anécdota, esta vez es una anécdota mexicana en que el General Santana le preguntaba no sé si a su edecán o a un periodista: ¿Qué horas son?, las que mande mi general.

Por todo lo dicho, puede afirmarse que, globalmente hablando, los medios de comunicación colombianos no han cumplido a cabalidad su función natural, que es la de informar, prácticamente nunca. Tal vez desde que existen. Pues casi todos los periódicos y revistas colombianos, desde el *Correo del Orinoco* del Libertador Bolívar o la *Bagatela* del Precursor Nariño hasta hoy, han sido creados y manejados con criterios y fines políticos. (El caso de la radio y la televisión, que han sido más comerciales en su interés inmediato y han estado sujetas a un control más estrecho por parte de los gobiernos, requiere otro análisis). Y el criterio político de un medio de prensa frente a la crisis, cualquiera que sea la naturaleza de esa crisis. Hasta ante una catástrofe natural —la erupción del Ruiz, por ejemplo, o las inundaciones del río Tunjuelito— eso es así. Por eso la información en Colombia ha estado por lo general supeditada a la opinión. En resumen: la información nunca ha sido sagrada.

Y eso, que los medios de prensa han creído bueno y saludable —por interés político, por estúpida, aunque bien intencionada, preocupación por la imagen, o por convicción elitista de que el ignaro vulgo no tiene porqué estar informado de las cosas— es malo. Es malo porque no contribuye a resolver o a disolver las crisis, sino por el contrario las exacerba y las encona. Para poner un ejemplo que ustedes los militares conocen bien, el de la larga lucha contra la posición de los medios que por lo general ha consistido en confiar acríticamente en lo que sobre el tema les informan sus fuentes, oficiales u oficiosas, dentro de las Fuerzas Armadas. Les dicen: "*Vamos ganando: ya hemos matado cien veces a Tirofijo*". Y publican eso, aunque la verdad sea que no solo no ha muerto Tirofijo, sino que ha nacido noventa y nueve Tirifijos más. Porque las propagandas, bien o mal intencionadas, no sustituye la realidad; sino que impide verla. Y si no se los ve, sino que se los oculta, es imposible afrontar los problemas. Sean los que sean: el de la corrupción o el de la violencia. Ocultarlos —y esa del *tapen*, *tapen* es una tentación muy humana, o, si ustedes prefieren, muy propia de avestruces—, ocultar los problemas solo ayuda a que sean más difíciles de solucionar cuando llega el momento inevitable en que ya no cabe más basura debajo de la alfombra.

Ahora: viniendo a la crisis actual, a esta ha destacado la irrupción descarada del dinero de los narcotraficantes en la política ¿han cumplido mejor su papel los medios de información que otras veces?, pues la verdad es que

sí, han informado más que nunca, aunque en muchos casos la información haya sido, como es de todos casi inevitable, ilustración de la opinión preconcebida que tenían al respecto. Y además de informar han hecho algo verdaderamente insólito en este país: han sostenido el flujo de la información, sin olvidarse del tema al cabo de quince días. Han mantenido su interés hasta el punto, ya inaudito, de ordenar la información en vez de limitarse a alcanzarla en bruto, tal como va viniendo, al arbur de la *chiva*. Y han informado sobre temas que hasta muy poco tiempo antes negaban en redondo, contra toda evidencia. Y sobre todo, lo han hecho a pesar de que la información que estaban dando no siempre convenía a sus intereses inmediatos ni a sus convicciones políticas. Esto, hay que subrayarlo, no había sucedido prácticamente jamás en la historia del periodismo colombiano.

No es que los medios se hayan desembarazado de un golpe de sus antiguos vicios, naturalmente. Su tradición de indolencia, su larga costumbre de confiar en las fuentes oficiales y depender de ellas, también se han visto en esta crisis: así, vemos que muchas de las informaciones que han alimentado a la prensa siguen proviniendo de filtraciones oficiales: filtraciones de la Fiscalía, o filtraciones contradictorias de la Procuraduría, llamadas telefónicas de la secretaría de prensa de Palacio, violaciones deliberadas de la reserva del sumario, transcripciones de escuchas telefónicas hechas por organismos de seguridad, tanto nacionales como extranjeros. Pero han existido también investigaciones propias. Investigaciones que, antes, hace muy pocos años, se limitaban a temas bastante secundarios —abusos del turismo parlamentario y cosas por el estilo— o a personajes y también de segunda fila. Y, sobre todo, por primera vez en muchos años los medios han empezado a poner en tela de juicio la veracidad de la información proporcionada por sus fuentes oficiales, y en consecuencia, a contratarla y verificarla en lugar de publicarla tal cual, por ejemplo, ¿cuándo antes, hubiera dudado *El Tiempo*, de una información filtrada por la embajada de los Estados Unidos?

Gracias a la crisis actual —y tal vez sea lo único que podemos agradecer— estamos asistiendo a algo sin precedentes en el último medio siglo: un cierto distanciamiento entre los medios de información y el poder. Distanciamiento que es condición imprescindible para que tenga algún sentido la expresión *libertad de prensa*. No es todavía, ni mucho menos, un divorcio. Subsisten multitud de intereses cruzados entre los medios y el poder político, desde los lazos familiares y sentimentales hasta la dependencia económica directa en casos como, por ejemplo, las licitaciones de emisoras de radio o de espacios de televisión hechas por empresas de información —diarios, revistas, cadenas

radiales— o por periodistas individuales, comentaristas o columnistas de prensa teóricamente *independientes*. Pero a pesar de todo eso, y también en parte a causa de las discrepancias internas existentes en los medios, el hecho es que la crisis actual ha reventado, y por eso mismo puede tener posibilidades de solución gracias a los medios, que la han sacado a la luz. Los poderes políticos propiamente dichos, aún enfrentados entre sí, hubieran preferido probablemente, como siempre, ocultarla, y dirimirla a escondidas: lavar la ropa sucia en casa, o, mejor todavía, no tener que lavarla. Si estamos asistiendo a una operación de limpieza, a una catarsis a la manera de la operación *manos limpias* desencadenada por los jueces en Italia, se los debemos casi exclusivamente a los medios de comunicación.

No se trata, claro está, o por lo menos hasta ahora no se trata todavía, de una catarsis en serio y a fondo. No se ve, por ahora, que de aquí vaya a salir un lavado general de toda la ropa sucia que tenemos, ni siquiera en el aspecto limitado de la suciedad referida al narcotráfico. Todo apunta más bien, hasta hoy, hacia una absolución penal y política para el Presidente Samper por parte de la clase política que lo está juzgando en el Congreso, seguida por una absolución general, una ley de punto final, que cobije a toda esa clase que es a la vez juez y parte. Pero si alguna ganancia neta ha obtenido la sociedad colombiana de toda esta larga y tortuosa crisis, esa ganancia ha sido el nuevo comportamiento observado por los medios de comunicación: la denuncia, en vez del habitual encubrimiento. Esperamos que, si esta crisis se cierra, ese comportamiento se mantenga. Porque solo el compromiso con la verdad por parte de quienes tienen la función de informar puede servir para que la vida de este país empiece a estar hecha de más períodos de tranquilidad, que de períodos de crisis.

*Cuando se trata de dinero, todos  
son de la misma religión*

*Voltaire*